

UNA TARDE EN EL SUK

Patricio G. Bazán



Image not found.

Capítulo 1

Hassan el Honesto salió de su sopor casi al instante. El sol seguía alto, el aire ardiendo en sus pulmones como una fragua. Una enorme sombra tapaba el sol, y haciendo visera con la mano intentó descubrir quién visitaba su humilde puesto callejero.

—iAssalamu alaikum!, exclamó.

—iWa Alaikumu Assalam!, contestó la voz.

Acostumbrado a la semipenumbra, el anciano observó mejor a su visitante: alto e imponente, cubierto con un manto cuya capucha ensombrecía un rostro noble y anguloso, como tallado sobre cedro del Líbano. "Ropas antiguas, pero impecables, de buena confección. Viste a la persa, como funcionario o noble de la Corte de los antiguos reyes."

Este rápido examen, que le tomó apenas un par de latidos, era parte de su oficio: una correcta evaluación del potencial cliente para establecer el precio a regatear. Ahora, su aguda mirada reveló que este cliente en particular buscaba un artículo especial, no una simple chuchería.

"iDespués de todo —pensó—, puede que sea un buen día!".

—¿Qué puedo ofrecerle, noble señor? ¿Alguna talla en marfil? Poseo figuras de excelente factura. iTodas piezas originales, sahib! O tal vez esté interesado en algo inusual, o exótico...

—Lo que... busco es una... un...

Luchaba contra el idioma, gesticulaba y señalaba nerviosamente. Poseía un acento casi inidentificable, tan duro y rasposo como la arena del propio desierto.

—¿Perfumes, sahib? Las esencias más puras y refinadas del país, aceites aromatizados que dejarán su piel como la de un recién nacido...

Pero ese extranjero negaba, y seguía apuntando con dedos impacientes una esquina de su tenderete. Con horror, Hassan confirmó que señalaba una olvidada pila de viejas lámparas de aceite, burdas imitaciones de bronce o latón, legadas por su cuñado como parte de una deuda.

—Noble señor, ¿desea ver una de esas... lámparas?

El hombretón asintió con vehemencia casi infantil, revelando en parte su cráneo afeitado y un pendiente de oro en una oreja. Desencantado, el mercader se despidió de una buena venta: esas baratijas difícilmente valdrían el tiempo gastado en pelear por ellas. Pero la codicia y el oficio vencieron su desánimo, y pidió por una de ellas (opaca, maltratada, poco vistosa) una suma de piastras casi obscena.

—iLa... la llevo!, exclamó el viajero. Deslizó una mano dentro de su ornamentada chaquetilla e hizo aparecer una bolsita de piel de gamo, henchida de monedas cantarinas.

Hassan no podía dar crédito a sus ojos. Esa bolsa contenía el triple de lo pedido por aquella porquería, y el hombre parecía feliz. ¿Feliz?

iAlhamdulillah! iEse buey ignorante resplandecía de gozo, y hasta creyó ver lágrimas de felicidad anegándole la mirada!

—iShukran jazilan! —dijo el dichoso cliente y, sin despedirse, se alejó con premura, sin mirar por donde iba, tropezándose con un turista alemán.

—¡Fíjate por donde vas, hombre, o nunca llegarás a casa! —le increpó éste.

Y sin poder despegar la vista de la lámpara, mientras se desvanecía en una fina columna de humo azul, el hombre alto le contestó al turista, o tal vez al viento:

—Ya estoy en casa...